

SELF E IDENTIDAD

Apuntes para un Seminario



Ps Jaime E Vargas M

Contenido:

1. “Yo” y “Mi”: El Self en el contexto de la consciencia.
Mateusz Wozniak
2. La construcción psicosocial de la identidad y del Self
Pablo Páramo
3. Self, auto-concepto e identidad
Daphna Oyserman, Kristen Elmore y George Smith
4. Construyendo el Self: Un enfoque contextual
Francisco Martín-Murcia y Rafael Ferro-García
5. El Self y la respuesta ante nuestra propia conducta.
Implicaciones de la coherencia y el enmarcamiento jerárquico.
Carmen Luciano
6. La formación de las dimensiones del yo o del sí mismo
Kelly Wilson y Carmen Luciano
7. Una conversación relativa al “Self”
entre Russ Harris y Louise McHugh

“Yo” y “Mi”: El Self en el contexto de la consciencia.

Mateusz Wozniak

Frontiers in Psychology 2018, Vol.9, Article 1656

James (1890) distinguió entre dos sentidos del self, el self como “Mi” y el self como “Yo”. Esta distinción originalmente se basó en la idea de que el primero (“Mi”) corresponde al self como un objeto de experiencia (self como objeto), mientras que el segundo (“Yo”) refleja el self como un sujeto de experiencia (self como sujeto). Yo argumento que en la mayoría de los casos (posiblemente en todos) esta distinción se monta en la diferencia entre el self fenoménico (reflejando lo relacionado al self contenido en la consciencia) y el self metafísico (representando el problema de subjetividad de toda experiencia consciente) y como tal, estos dos temas deben investigarse separadamente usando fundamentalmente diferentes metodologías. Más aún, al referirme a la teoría de los modelos de self fenoménicos de Metzinger (2018), yo argumento que lo que usualmente se investiga como el “Yo” fenoménico -siguiendo la comprensión del self como sujeto, planteada por Wittgenstein (1958)- puede ser interpretada como objeto, en lugar de cómo sujeto de experiencia y como tal, puede comprenderse como un elemento de la estructura jerárquica del modelo de self fenoménico.

Hace casi 100 años, James (1890) introdujo la distinción entre “Mi” y “Yo” en el debate sobre el self. El primer término se refiere al entendimiento del self como objeto de experiencia, mientras que el segundo al self como sujeto de experiencia. Esta distinción, de diferentes formas, recientemente ha ganado popularidad en la ciencia cognitiva (ejem.: Christoff et al, 2011; Liang, 2014; Sui & Gu, 2017) y proporciona una herramienta útil para clarificar lo que uno quiere decir cuando habla sobre el self.

Yo sugiero, siguiendo a James (1890) y en oposición a la tradición iniciada con Wittgenstein (1958), que en este contexto “Mi” (el self como objeto) refleja la fenomenología de la identidad (selfhood) y corresponde a lo que también se conoce como sentido del self, auto-consciencia o identidad fenoménica (Blanke & Metzinger, 2009; Blanke, 2012; Dainton, 2016). Por el otro lado, el significado reciente de “Yo” (el self como sujeto) está enraizado en la metafísica de la subjetividad y se refiere a la interrogante: ¿por qué es que toda consciencia es subjetiva y quién es el sujeto de la experiencia consciente? Yo considero que estos dos problemas teóricos, la fenomenología de la identidad y la metafísica de la subjetividad, son, en principio, temas independientes y no deben de confundirse.

No obstante, la ciencia cognitiva generalmente sigue la tradición de Wittgenstein al comprender al self-como-sujeto o “Yo” fenomenológico y no como un problema metafísico.

Ahora, siguiendo el marco teórico de Metzinger (2003, 2010) de los modelos de self fenoménico y estando de acuerdo con el enfoque reduccionista del “Yo” fenoménico (Prinz, 2012), considero que lo que se investiga típicamente en la ciencia cognitiva como el “Yo” fenoménico (o el self como sujeto de Wittgenstein 1958) puede comprenderse justo como un componente de alto orden, dentro de los modelos del self, reflejando el “Mi” fenoménico.

Finalmente, yo ubico el debate del self en el dominio de la consciencia (opuesto al self entendido como una estructura representativa, un objeto físico o una entidad espiritual) y argumento que (1) conceptualmente, la distinción entre “Mi” y “Yo” puede reflejar la distinción entre problemas teóricos del self fenoménico y del self metafísico, respectivamente y (2) que lo que se describe en la literatura como el “Yo” fenoménico puede considerarse como una parte de alto nivel del “Mi” fenoménico (el cual puede ser comprendido, como lo hace Metzinger (2018) con su modelo de self fenoménico.

LA CONSTRUCCION PSICOSOCIAL DE LA IDENTIDAD Y DEL SELF

Pablo Páramo

Revista Latinoamericana de Psicología, 2008, 40, 3, 539-550

La noción de *identidad* y *self* hacen parte de aquellos conceptos que bordean los límites entre filosofía y ciencia y sobre los cuales se hacen preguntas de carácter filosófico no ajenas a los intereses de diversas disciplinas científicas, para las cuales su definición resulta de vital importancia en la elaboración de sus teorías. Así, para las posturas epistemológicas del construccionismo social o el feminismo lo mismo que para la pedagogía, la antropología y las distintas corrientes de la psicología, el tratar de entender lo que somos y la manera como nos reconocemos, ha recobrado un nuevo ímpetu dentro de los debates actuales sobre el sujeto. A diferencia de la tradición en varias disciplinas que tratan por separado la *identidad* y el *self*, el propósito de este artículo es desarrollar estos conceptos de manera interrelacionada a partir de la construcción que se hace en las transacciones entre el individuo con su ambiente psicosocial, mediada por los conceptos, teorías y discursos que se construyen sobre los individuos desde distintas disciplinas, en particular la psicología.

Al abordar las nociones de *identidad* y de *self* es necesario reconocer que muchos conceptos que tienen que ver con la psicología comenzaron a estudiarse mucho antes que apareciera la disciplina tal y como es conocida actualmente. Por eso es importante reconocer la diferencia que establece Richards (1996) entre psicología con "P" mayúscula y con "p" minúscula, siendo la primera la que se refiere a la historia de la disciplina y la segunda la que estudia el comportamiento, la vida diaria y sus problemas. Esta distinción difiere de la que hiciera Ebbinghaus según Danziger (1990), entre el estudio científico de los conceptos psicológicos y los anteriores a los que él denomina de tradición no-científica o especulativos. Para Ebbinghaus lo que cambia históricamente no son los fenómenos psicológicos en sí mismos sino nuestra forma de estudiarlos y de pensar sobre ellos ya que los fenómenos se dan por hechos. Como ocurre con los objetos estudiados por la ciencia física, los objetos estudiados por la ciencia psicológica no son considerados desde la forma como han sido elaborados a lo largo de la historia - son considerados, dentro de la perspectiva de Ebbinghaus, como objetos naturales y no como objetos constituidos históricamente.

Por el contrario, en la posición de Richards (1996) la distinción entre psicología con mayúscula y psicología escrita con minúscula implica que los fenómenos estudiados no son objetos naturales sino elaboraciones sociales construidas históricamente. La historia de la psicología con "p" minúscula no es la historia de la manera como fueron siendo

elaborados los conceptos que dieron lugar a las posteriores formulaciones científicas, sino la del surgimiento de esos objetos discursivos, que dan lugar a los objetos de estudio que hoy aborda la psicología. En el caso del *self* importa pensarlo, dice Richards, como un objeto histórico más que como un fenómeno natural. Si les asignáramos solamente un estatus natural implicaría que tanto la identidad como el *self* siempre han permanecido igual y que han sido construidos sin tener en cuenta cómo pensamos o hablamos de ellos. Esto por supuesto es equivocado si aceptamos el argumento de Danziger (1990); las características de lo que entendemos por identidad o por *self* no son independientes de las formas cambiantes de describirlos y relacionarlos a lo largo de la historia. Al ver la identidad y el *self* como objetos de conocimiento, las distintas disciplinas científicas están asumiendo que pueden conocerse empíricamente como lo serían muchos otros objetos de estudio. Así se podría observar, describir y estudiar como cualquier otro objeto natural. La identidad o el *self* dentro de estas posturas existirían como fenómenos, independientemente de los métodos de los que nos valgamos para observarlos y del lenguaje que usemos para describirlos. De aquí la importancia de no dar por hecho su existencia como fenómenos naturales, sino de identificar en parte su proceso de elaboración a partir de las teorías y los discursos. Sin dejar de reconocer en lo que sigue que igualmente se trata de la elaboración de un discurso sobre estas entidades, el énfasis se pondrá en la manera como ambos conceptos son construidos por mecanismos similares a partir de las influencias psicológicas y demás discursos de las disciplinas, como una manera de hacerlos susceptibles de un análisis empírico.

LA IDENTIDAD

Por identidad se entiende las características que posee un individuo, mediante las cuales es conocido. Sin desconocer los aspectos biológicos que la conforman, buena parte de la identidad personal la formamos a partir de las interacciones sociales que comienzan con la familia, en la escuela y con la gente que se conoce a lo largo de la vida. La identidad así construida va a influir en la manera como actuamos en el mundo.

El concepto de identidad se diferencia del de personalidad o viene a sustituirlo, precisamente en el énfasis que se otorga en la situación social, la interacción con otros y la influencia de las instituciones en la construcción de tal identidad. La noción de personalidad, de gran tradición psicológica, enfatiza en las expresiones internas del individuo, que lo hacen comportarse de una manera estable una vez integrada durante la infancia, a lo largo del tiempo o de la vida de la persona y que a la vez lo hace reconocible por parte de los demás. Así, unos individuos son de personalidad extrovertida o introvertida, tipo A o B; estas son características que se mantienen estables durante toda la vida del individuo. Se podría afirmar que esta idea de la personalidad como una entidad o propiedad interna del individuo es esencialista como afirma Burr (1995), en el sentido de que constituyen parte de la esencia del sujeto, de su naturaleza y que se refleja en su manera de actuar. Por el contrario, las teorías del aprendizaje social enfatizan en la

situación en la que se encuentra el individuo para presentar una conducta, más que en la idea de una entidad como la personalidad. Por consiguiente las personas actúan de manera diferente en cada situación. El aparente patrón en la forma en que las personas se comportan no es atribuido a la personalidad, sino al hecho de que en el pasado esa forma de actuar ha resultado exitosa para el individuo. En una dirección similar, la sociología adopta el término de *rol social* para referirse a aquellas formas de actuar que parecen seguir igualmente un patrón, pero que pueden mejor atribuirse a las situaciones que regulan el comportamiento. Así, la mujer adopta el rol de ama de casa en su hogar o el de oficinista en su lugar de trabajo, etc.

Esta multiplicidad de formas de actuar es desde la perspectiva de la relación con los otros, un producto de los encuentros y relaciones sociales, de la construcción social, lo que implica según Burr (1995), que nuestras identidades son construidas y no descubiertas, volviendo así al planteamiento del construccionismo en oposición al naturalismo, expuesto en la sección anterior. Al enfatizar en la interacción con los otros se evita la connotación esencialista del concepto de personalidad y se enfatiza en el carácter social de dicha construcción. De esta manera, se reconoce el papel que tienen los propósitos de quien caracteriza al sujeto. Las caracterizaciones por sexo, preferencias sexuales, de salud o de clase, se ven de esta manera fundamentadas en elaboraciones sociales más que en características esenciales o naturales de la persona.

La extensión del cuerpo: la identidad social

Así como he sostenido la idea de que la identidad es producto en gran medida de la interacción social, también es posible suponer que estas influencias sociales y culturales pueden dar lugar a identidades colectivas derivadas de las contingencias que nos llevan a identificarnos como pertenecientes o afiliados a un entorno social significativo como la familia, la religión, la escuela, etc. (Turner, 1990). Nuestra identidad queda ligada así, por medio de las instituciones sociales, a los demás. La identidad social se refiere entonces a aquella parte de un individuo que se deriva de la afiliación que hacen de los individuos, las instituciones sociales a grupos sociales, conjuntamente con el significado valorativo y emocional asociado a esta pertenencia.

La extensión del cuerpo: la identidad espacial

Las relaciones con el espacio hacen igualmente parte de nuestra identidad y por eso hacemos de nuestras posesiones una extensión de nuestro cuerpo (Páramo 2007; Sack, 1997). Personalizamos el espacio colocando objetos para darle nuestro sello personal, nuestra casa refleja en la decoración parte de nosotros mismos. Nuestros bienes se constituyen en parte de nuestra identidad y reflejan buena parte de lo que somos y de la manera como somos reconocidos. Su posesión nos resulta costosa, pero la sociedad se encarga de reconocer este esfuerzo; nos da reconocimiento ante los demás aparte de los beneficios o necesidades que nos satisface, por ello buscamos su protección. Las personas

que por asuntos de la guerra y demás formas de violencia se tienen que desplazar de sus lugares, cargan consigo objetos con los que se sienten identificados. Defendemos nuestros bienes de diversas maneras y nuestro espacio con mecanismos de territorialidad; ponemos objetos a nuestro alrededor para demarcar o ejercer control sobre el espacio. Hall (1973) nos mostró que, al menos en la cultura occidental, tendemos a relacionarnos con los demás estableciendo distancias espaciales con los demás a nivel de distancias personal, social y pública. De igual forma, estos elementos físicos son reconocidos como parte de nuestra identidad: la casa, el carro, el espacio personal, etc.

Otra manera de ver el papel que juega el espacio en la formación de nuestras identidades es en la identificación de roles que asumimos en los espacios públicos. Para Goffman (1971) las personas están envueltas permanentemente en diferentes dramas, en los cuales cambian sus roles y actuaciones de acuerdo a la situación, lo cual contribuye a ejercer control sobre el auto concepto que resulta de las observaciones que hacen los demás. Al desenvolvemos en los lugares públicos desempeñamos distintas actuaciones que vienen a estar mediadas por las propiedades físicas y sociales de cada lugar. Eventualmente, la adopción de estos roles pueden convertirse en una segunda naturaleza y ser parte integrante de nuestra identidad, aunque estemos cambiando siempre de situación. Goffman considera que actuamos en un escenario externo o región anterior que hace parte del individuo, escenario que consiste de un diseño físico decorado que contextualiza la actuación ante una audiencia; una apariencia consistente del vestuario, las expresiones faciales, la raza, edad, etc.; y finalmente, una actuación o expresión. Este escenario social puede llegar a institucionalizarse con expectativas estereotipadas haciendo que se convierta en una representación colectiva y en una realidad empírica. Tal sería el caso de los roles que asumimos en los distintos ambientes por los que circulamos diariamente: la oficina, el hogar, los restaurantes, y demás lugares tanto privados como públicos.

Al adoptar un rol social, el individuo asume una fachada particular en la cual debe desempeñarse en consecuencia. Por consiguiente la vida en público estaría mediada por los lugares en los que hay de cierta manera guiones que debemos ejecutar. De aquí la importancia de la identidad de lugar y urbana como componentes de la identidad individual comparable a la de género, política o étnica. La persona como residente de una ciudad particular adquiere unas características psicológicas y sociales asociadas al lugar. Así construimos nuestra identidad en relación con otros y la situamos en lugares como el barrio o la ciudad. Por consiguiente, la construcción de esta identidad urbana o barrial resulta de las interacciones que los miembros de un territorio local tienen con los de fuera y que sirven para definir a la comunidad (Pol & Varela, 1994). No solamente nos construimos en relación con los otros sino con los diferentes lugares que definen y estructuran la vida diaria (Páramo, 2007; Proshansky, 1978). De esta manera las relaciones espaciales se constituyen en otro tipo de categoría social que definen la identidad de los individuos producto de las interacciones sociales y de las imposiciones que hace la

sociedad a través de sus instituciones y las normas que regulan el comportamiento de los individuos en el espacio.

El lenguaje en la configuración de la identidad

Los textos sobre psicología del aprendizaje nos han enseñado que existen diferentes mecanismos por los cuales aprendemos y dirigimos nuestras acciones. Se han señalado las implicaciones para el aprendizaje, la salud, la manera de relacionarnos con los demás y alcanzar metas personales a partir de mecanismos que conllevan asociaciones entre estímulos, el aprendizaje por observación, y la acción por consecuencias, como mecanismos que influyen en la manera como actuamos. Es importante explorar ahora la manera como quizás los humanos podemos adquirir la mayor parte de la información sobre nuestras relaciones con el entorno y que nos permiten construir nuestra identidad: el lenguaje.

La invención del lenguaje y la escritura permitió la creación de códigos a través de letras y números que nos permitieron hablar de lo que hacíamos sin que los eventos fueran experimentados simultáneamente, transmitir dicha información a otros y evaluar nuestra propia conducta a partir de estos códigos simbólicos. Las instrucciones que damos a otros o las que nos repetimos nosotros mismos para enfrentar las condiciones ambientales parecen seguir reglas o guías codificadas en la forma de instigaciones a hacer algo, instrucciones o sugerencias que indican la manera como debemos enfrentar una determinada situación de manera eficiente, y no necesariamente a través del ensayo y error, estrategia que nos haría poco eficientes en la consecución de nuestras metas. En otras palabras, gracias al lenguaje podemos orientar nuestro propio comportamiento e influenciar el de los demás. De este modo, gran parte de nuestro comportamiento está influenciado por reglas explícitas como las que nos han enseñado en la escuela o en el hogar y que aunque no las verbalizamos, inciden en el control de nuestro comportamiento, o son tácitas como es el caso de la publicidad en donde se usa la transmisión de reglas de forma sutil.

Tanto psicólogos como sociólogos estamos de acuerdo en que nuestra identidad (la manera como somos reconocidos por los demás) es el resultado de la interacción que tenemos con los demás. Y es gracias al lenguaje precisamente, que comenzamos a construir socialmente la identidad del individuo. El lenguaje nos hace personas; a través del lenguaje creamos las condiciones para identificar a las personas, y como veremos a continuación, para reconocerse a sí mismas a partir de lo que los demás dicen de ellas y de la diferenciación respecto de los demás.

Resumiendo, la identidad es una trama construida por diferentes fibras como la raza, edad, clase social, estado de salud física o mental, orientación sexual, género, nivel educativo, etc., las que en su conjunto constituyen la identidad. Cada una de estas fibras corresponde a un discurso presente en la cultura y lo que somos resulta del entramado de

todos estos discursos para cada individuo, los cuales trabajan permanentemente construyendo nuestras identidades. Lo que significa que nuestras identidades no son fijas, no están determinadas por nuestra naturaleza, ni son producto de la accidentalidad. Por el contrario, parecen resultar de los discursos ideológicos e igualmente de los que van construyendo las disciplinas científicas.

EL *SELF*

Una vez analizado el concepto de identidad y su construcción a través del lenguaje y los discursos que contribuyen a nuestra identificación, pasaré a mostrar de qué manera estos mismos mecanismos psicosociales nos hacen conscientes de nuestras identidades a partir del *self*. Al igual que con el concepto de identidad, trataré de extender la visión tradicional del *self* como algo interno o como experiencia netamente subjetiva encerrada en el cuerpo, a algo que está en las transacciones entre nuestras identidades y las contingencias impuestas por la sociedad, el lenguaje y los discursos; por consiguiente, algo susceptible de estudiarse empíricamente.

La visión empírica sobre el *self* surge de la necesidad de romper con una visión inmaterial para la explicación de los fenómenos; de la categoría de alma se pasa a la de *self*. Texto obligado para rastrear la influencia del empirismo británico en la construcción del *self* es el de Charles Taylor (1998). Según Taylor, es John Locke (1632-1704) quien asume la individualidad humana como un fenómeno natural observable. Para llegar a ello se formula la pregunta: ¿Cómo sé que soy la misma persona que era el año pasado? Pregunta por cierto novedosa, afirma Danziger (1990), ya que en la post-revolucionaria Inglaterra las identidades sociales conferidas por nacimiento como la clase social, el parentesco y la ocupación ya no eran inmutables. Los individuos podían separarse de sus identidades sociales e incluso de su religión, ya que ni la identidad social por descendencia, ni la inmortalidad del alma, suministraban una garantía de permanencia y estabilidad. La identidad personal tenía que llegar también a cuestionarse. ¿Por qué no?

La solución de Locke al problema, según Taylor, consistió en la continuidad de la conciencia del *self*. Esta conciencia acompaña todas nuestras experiencias al igual que una sombra. Locke inventa la noción de *conciencia* para decir que en el mundo, uno no simplemente vive o actúa; se es consciente de uno mismo viviendo y actuando. De esta manera se establece la tradición empirista que separa la persona y sus actos por un lado, y la experiencia por el otro. La consecuencia para la psicología es la objetivación del *self*, de tal manera que ahora éste pudiera ser observado, analizado y conocido como cualquier otro fenómeno natural.

Así, el concepto comenzó a utilizarse en esta disciplina para describir un fenómeno observable que definía la unidad del individuo o su identidad. Esta observación era, sin embargo, privada e introspectiva; el *self* era una posesión privada que cada individuo

descubría en sí mismo, lo que significaba que podía convertirse en un objeto de interés y por tanto de conocimiento.

Desde entonces el concepto de self ha sido central al desarrollo de la psicología. No obstante, los usos que se han hecho de este concepto varían dependiendo de las escuelas teóricas, los campos de estudio y de aplicación en esta disciplina. La discusión sobre la noción de sujeto en la psicología comienza con la confrontación entre escuelas, las cuales al tratar de explicar el self, ponen su énfasis ya sea en la vida psíquica interior, en las estructuras cognoscitivas o en la interacción con el ambiente; esto da lugar a que se asuma el self como un ente autónomo, motor de nuestras acciones, o como resultado de nuestras interacciones con el ambiente.

Así, una definición puede ser la que se ofrece desde el psicoanálisis o desde la postura comportamental, aunque igualmente puede encontrarse definiciones en la psicología clínica y del desarrollo. Una de las más conocidas explicaciones del self desde una teoría se encuentra por ejemplo en el psicoanálisis, la cual divide el *self* en un proceso que involucra tres partes: el yo, el ello y el super yo, donde este último se encarga de regular los anteriores, teoría de tipo esencialista en la medida en que asume estas entidades como inherentes a la persona. O la perspectiva de los analistas del comportamiento, según la cual el self es una conducta resultado de mecanismos de aprendizaje social que generan auto-observación y en últimas un auto concepto.

La construcción social del auto concepto

Ante la necesidad de mostrar la posibilidad de estudiar el self de una manera científica, éste se asume como algo que *hacen* los individuos, intento que se ve reflejado en el énfasis por relacionar su conformación en las influencias ambientales, llámese contingencias sociales o mecanismos educativos. Para Skinner (1989) por ejemplo, no es necesaria la noción de un agente como iniciador de la conducta; por el contrario, asume que el comportamiento es el resultado de la interacción transactiva de variables genéticas y ambientales que dan lugar a un organismo, un individuo y un self producto de contingencias que conllevan la auto observación. El organismo es producto de la experiencia filogenética conseguida a través del proceso de variación y selección; el individuo es el resultado de esta configuración genética en interacción recíproca con las experiencias ambientales del pasado y el presente particulares para cada uno. El self es el resultado de la influencia de contingencias ambientales que generan auto-observación y por consiguiente un auto concepto; para el caso de los humanos estas contingencias las genera la cultura sobre el individuo. Hay que hacer notar la similitud en la argumentación con la tesis del construccionismo social. Bajo la premisa de que para comprender y explicar un fenómeno éste debe poderse reproducir o modificar, surge el interés por identificar las condiciones de interacción con el ambiente que permitan reproducir la auto observación.

El valor adaptativo del self

Para mostrar el principio de la continuidad filogenética entre las especies y poder explicar el fenómeno a partir de variables o contingencias ambientales, la investigación psicológica ha explorado la posibilidad de un auto concepto en animales (delfines, orangutanes y chimpancés). Si se expone a un perro, por ejemplo ante un espejo, lo más probable que ocurra es que le ladre e incluso trate de agredir la imagen reflejada como si fuera otro de sus congéneres. Lo mismo ocurre con los peces Betta Splenders machos, los cuales atacan su propia imagen considerándola otro macho que invade su territorio. No ocurre así con chimpancés, orangutanes y elefantes; la investigación experimental muestra que son capaces de reconocerse a sí mismos. Al colocárseles algo en las espaldas que no pueden ver y les molesta, van hacia un espejo que se ha colocado en el recinto experimental para ubicar el estímulo molesto y retirarlo de su cuerpo. En uno de los cursos que hicieron parte de mi formación en Nueva York asistí a la primicia de Diana Reiss en las que nos comunicaba sus últimos hallazgos sobre la demostración de que los delfines del acuario de la ciudad habían pasado la *prueba del espejo* que permitía afirmar que los delfines eran capaces de reconocerse a sí mismos y por consiguiente de tener un auto concepto. La profesora había marcado delfines de *pico de botella* con tinta y luego los había expuesto a un espejo. Después de varias repeticiones, les puso tinta negra indeleble temporalmente sobre partes del cuerpo, que los delfines sólo podían ver en un espejo. En cada uno de los ensayos los delfines fueron al espejo a examinar las áreas que la investigadora había marcado. Concluye Reiss que sus hallazgos suministran evidencia que los dos delfines del estudio utilizaron el espejo para investigar las partes que fueron marcadas, lo que demuestra que los delfines al igual que orangutanes, chimpancés y elefantes tienen una noción de sí mismos como individuos diferentes, habilidades que sólo se asociaban con los grandes monos y con los humanos. También se han encontrado resultados similares en palomas. Se han hecho arreglos experimentales para averiguar su capacidad para identificar si los reforzadores que les son entregados han dependido de sus picotazos o del azar, confirmando que son capaces de evidenciar que su conducta es la que produce los resultados. Además se les ha colocado marcas en el pecho; los animales van a una zona de la caja experimental para ubicar el lugar donde se las ha colocado el objeto. Los estudios han sido más criticados en la medida en que los animales son entrenados para realizar la tarea. Por otra parte, el que algunos animales no pasen la prueba puede obedecer a que su relación con el entorno no depende principalmente de la visión, como es el caso de los perros, sino de otros mecanismos sensoriales, lo que haría difícil que se reconocieran a sí mismos. Una revisión completa de estas investigaciones se encuentra en el trabajo de Pérez-Acosta, Benjumea y Navarro (2001).

A pesar de las críticas, los estudios muestran evidencia de que el asunto del reconocimiento del sujeto sobre sí mismo no es una propiedad exclusiva de los humanos y, por consiguiente, haría parte de nuestro acervo filogenético. ¿Pero, cómo evolucionó y qué papel adaptativo puede tener este auto reconocimiento? Pudo tener sus inicios en las

sensaciones, en la capacidad de sentir gracias al sistema nervioso, lo que facilitó alertar el sistema de acción para las reacciones del cuerpo a los inputs sensoriales y de esta forma integrarse a los mecanismos de adaptación del comportamiento. El sentir a partir de un estímulo doloroso llevó al retiro de la situación, y en un organismo más complejo, el reconocimiento de la parte del cuerpo afectada facilitó la lamida de la herida y su sanación, en últimas facilitando la eficacia reproductiva en la medida en que estas conductas contribuyeron a la supervivencia del organismo. ¿Pero, cómo trabaja el cerebro para crear la experiencia subjetiva de la mente, el self reflexivo, los pensamientos privados que nos hacen lo que somos? Hay una brecha todavía para lograr explicar la integración entre lo biológico y lo social en términos de un proceso evolutivo. Seguramente existen estructuras cerebrales que integran emociones, sentimientos, ideas, intenciones con diversas formas de actuar; por ahora será suficiente su explicación en términos de las interacciones con el ambiente social.

El auto concepto en los humanos resulta de una influencia marcada por la cultura, la que da lugar a un popurrí de creencias organizadas sobre uno mismo, las cuales según Rentsch y Heffner (1994) resultan de la combinación de nuestra historia personal, las características descritas o roles impuestos (soy hombre, tengo un nombre, soy colombiano, soy profesor), los intereses y actividades (me interesa la psicología, me gustan los animales), los aspectos existenciales (soy una persona única), la auto-determinación (soy agnóstico, puedo lograr mis metas), las creencias interiorizadas (estoy a favor de la democracia), la diferencia social (provengo de una familia de clase media, soy heterosexual, soy un ser humano). Sumadas a estas creencias está el reconocimiento como miembro de una cultura que comparte tradiciones, una religión, valores como la democracia y la autonomía, formas particulares de relacionarnos, de hablar, de enfrentar los problemas; creencias que resultan de las reglas que crea la cultura y que reproduce a través del fomento de la auto-observación para formar el auto concepto en sus miembros.

De esta manera, es posible afirmar que mientras la sociedad occidental se caracteriza por el individualismo, la autonomía e incluso por la formación del auto concepto en los miembros que la integran, (se enfatiza en el pronombre "yo" y en la mirada sobre nuestras actuaciones individuales y los sentimientos), las culturas no occidentales son sociocentristas; se enfatiza en los elementos compartidos con otros, la persona no es orientada a metas individuales sino comunitarias. En consecuencia, es posible hablar para estas culturas de un *self* compartido en lugar de unos *self* individuales o auto conceptos.

Así como tenemos varias identidades también es posible afirmar que tenemos varios auto conceptos. Al igual que con la identidad, no es posible hablar del self como si fuera algo estable e invariable, es posible advertir que podemos y debemos cambiar a lo largo del tiempo. Tenemos varios auto conceptos en la medida que estamos expuestos a distintos estándares evaluativos en diferentes situaciones sociales. No somos la misma persona de hace diez años ni seremos los mismos en cinco años. Nuestro auto concepto está

expuesto al cambio, a nuevas experiencias. La imagen de un futuro *self* o auto concepto, como lo señalan Carver, Reynolds y Scheier (1994) afecta la motivación personal, como cuando tomamos la decisión de dejar de fumar o de ponernos a dieta. Sin embargo, la gente solo percibe el *self* en el presente y también generamos crisis cuando comparamos nuestro *self* con lo que queremos ser o con lo que los demás quieren que seamos. Los posibles auto conceptos se refieren entonces a los distintos estándares evaluativos, las representaciones sobre lo que llegaremos a ser o sobre lo que deberíamos llegar a ser en un futuro.

El self y los otros: la adquisición del self y el papel del lenguaje en su construcción

El individuo va formando su auto concepto a partir del proceso de diferenciar su propia conducta en la misma forma como reconoce la conducta de otros. Cuando estos procesos de observación toman la forma de reglas verbales, las personas llegan a describir su propio comportamiento. Más adelante aprenden a reportar sus propias disposiciones, sentimientos, pensamientos y otro tipo de eventos privados. Estas reglas junto con el uso del "yo soy, mi, mío, etc"., establecen gradualmente el auto concepto.

El lenguaje establece las situaciones para que se de esta conducta de auto observación:

"mira lo que acabas de hacer", "dime qué hiciste hoy", "¿ya hiciste tu tarea?", ¿cómo estás?, seguida de consecuencias: "tu eres una persona responsable", "me gusta lo cariñoso que eres", "no riegues la comida", "mira tus manos: están sucias, lávatelas". Las personas aprenden así a autoobservarse y describir su propio comportamiento, a reconocer su cuerpo a partir de las consecuencias ligadas a estas auto observaciones y de las reglas que derivan de estas experiencias. Estas reglas establecen la conducta deseada, que en este caso implica una auto observación. La construcción del *self*, entonces, es resultado de la manera como la persona aprende a reconocer y describir el cuerpo o las características comportamentales del otro, y las propias: *"soy más delgado que..."* y *"soy más buena persona que..."*. El cuerpo es entonces el resultado de esta construcción verbal. Así, cuando la persona aprende a describir su cuerpo y su propia conducta, y a auto observarse de la misma manera como describe el cuerpo y la conducta de otros, la persona empieza a desarrollar su auto concepto. *Miguel hizo hoy todas sus tareas y pintó una casa.* Pronto el niño aprende a sustituir la referencia a sí mismo en tercera persona y a describir lo que hace.... *"el niño pintó una casita"* por *"pinté una casita"*. De describir la conducta de otros... *"mami me llevó al parque"* , empieza a decir *"fui al parque"*.

Progresivamente el individuo aprende a hacer observaciones más complejas de su propio comportamiento dependiendo de los modelos que observe, las reglas que siga al hacer dichas observaciones y de las consecuencias ligadas a dichas auto observaciones. Cuando el individuo aprende a hacer descripciones de su propia conducta incluyendo intereses y motivaciones, decimos que la persona tiene un auto concepto. Al igual que como ocurre en la formación de la identidad, los individuos son orientados a pensarse a sí mismos

como pertenecientes a un grupo y a un lugar (*¿de dónde eres?*), en donde el escenario físico como en el caso de la ciudad, el barrio o un lugar particular juegan un papel importante en la medida en que este entorno hace parte de lo que nos define ante otros y se constituye en parte integral del reconocimiento que hacemos de nosotros mismos. La manera como se forma ese *self* social y de lugar se hace evidente cuando el individuo se identifica primero como perteneciente a un grupo y luego se reconoce a sí mismo como perteneciente a ese grupo y a ese lugar, cuando establece un contraste con respecto a la gente que no vive en la comunidad (Lalli, 1992).

El papel de la disciplina psicológica en la construcción del auto concepto

Si asumimos entonces que la identidad de cada individuo es construida a partir de la interacción con los otros y que el *self* es la concepción que tenemos sobre nosotros como individuos o como pertenecientes a un grupo, será entonces importante identificar de qué manera la cultura, las instituciones, los otros, los medios, influyen en esa construcción de la identidad y en la formación del auto concepto. Ya hice mención al papel que juega la familia en la construcción de nuestra identidad al crear situaciones para reforzar nuestro comportamiento de auto observación e indicar a otros lo que hacemos. Pero no solamente la familia contribuye a crear nuestra identidad. Otras autoridades y profesiones sociales juegan un papel importante en la construcción de la idea de lo que somos. Como afirma Rose (1998) las autoridades religiosas, médicas, políticas, militares, en diferentes periodos históricos y diferentes escenarios sociales han instruido, advertido, moralizado y legislado en relación con los procedimientos que moldean la vida de los ciudadanos y sus identidades en cuanto a su forma de comportarse, de comer, vestir, hablar y pensar, con el fin de conseguir ya sea la virtud, la felicidad, el orden, la salvación o lo que creemos es la verdad.

De forma similar, las disciplinas científicas han ejercido su influencia en la idea que formamos de nosotros mismos. La psicología a este respecto, según Rose, ha hecho su aporte con la construcción de categorías e instrumentos que miden conceptos creados para definir nuestra identidad, tales como el ser inteligente (el empleo de los test es una manera de establecer diferencias entre los individuos), tener un tipo particular de personalidad, ser sano o enfermo mental, lo mismo que al definir cómo deben ser nuestros encuentros con otros, actuar de forma asertiva o tímida, etc. Con las técnicas derivadas de la teoría psicológica se busca enseñar a prevenir la enfermedad mental, a los individuos a ser asertivos, inteligentes e incluso a moldear sus cuerpos. Estos conceptos nos dan nuestra identidad hoy día y son los que utilizamos como parámetros para evaluarnos a nosotros mismos y a los demás, contribuyendo a moldear nuestro auto concepto y muchas veces nuestra autoestima.

CONCLUSIÓN

En este artículo he tratado de mostrar que la(s) identidad(es) del sujeto y el auto concepto que formamos de esas identidades están estrechamente relacionados y se construyen social y psicológicamente a partir de relaciones con otros, que nos llevan a la auto observación. Estas relaciones a su vez nos muestran qué observar del otro y es en esa medida en que el otro contribuye a la construcción de nuestra identidad. El conocimiento que tenemos de nosotros mismos es el resultado de las demandas que hace la cultura por observar a través de las categorías verbales empleadas para ello, lo que se quiere que se observe de nosotros mismos. El auto concepto y la identidad son adquiridas a partir de las interacciones sociales, a través de la familia, el lenguaje y demás contingencias ambientales, a lo largo de toda la vida en la interacción con otros, pero con un mayor impacto en los primeros años de vida del individuo. El énfasis lo he puesto en las transacciones con el otro, a partir de las reglas que generan la auto observación y que se siguen para formar el auto concepto. Por lo anterior es que se puede afirmar que el *self* es una construcción psicosocial.

La cultura a través de las instituciones, las disciplinas científicas y la psicología en sus modos particulares de explicar el comportamiento, sus conceptos de lo que es verdad, y con las categorizaciones que ha creado dentro de sus discursos, han ejercido un papel importante en la creación de nuestra identidad actual como sujetos. Al aceptar esto como plausible psicológica y sociológicamente, deberemos identificar las reglas explícitas e implícitas en las distintas narrativas, sobre cómo se construyen estas identidades, darlas a conocer y por consiguiente darle el poder a la gente para transformarlas o para crear nuevas identidades. Como podemos ver, *los demás* juegan un papel importante en la construcción de nuestra identidad, al referir a otros lo que hacemos y esto pareciera ser más propio en unas culturas que en otras. La cultura occidental muestra un mayor interés en la auto observación y en la emocionalidad para de esa manera facilitar que los individuos se controlen a sí mismos.

Adicionalmente, conceptos tales como personalidad, eficacia, competencias, raza, género posición política y otras en las que las distintas disciplinas y en particular la psicología han jugado un papel importante son la fuente para la creación de nuestras identidades y de nuestros auto conceptos. La formación del concepto que tenemos de nosotros mismos como sujetos resulta de este tipo de categorías y discursos, lo que permite que hagamos valoraciones sobre nuestro propio comportamiento, aún en situaciones en que nadie nos observa.

También se puede concluir que la identidad y el *self* no son atributos o experiencias netamente subjetivas atrapadas en el cuerpo. Nuestra identidad se extiende a los objetos, a los lugares y a las personas. Al colocarse el énfasis en las transacciones con el otro, la sociedad, las disciplinas científicas y la cultura en la construcción de nuestras identidades y en el concepto que formamos de nosotros mismos, se abren mayores posibilidades para

tratar estos conceptos, conjuntamente, desde la mirada de la investigación. La sociología evaluando las influencias de las instituciones sociales en la conformación de nuestras identidades, la psicología identificando el tipo de contingencias con el ambiente que generan auto observación o la antropología haciendo estudios comparados sobre los distintos tipos de *self*, ofrecen la oportunidad de estudiar empíricamente la conformación de nuestras identidades y auto conceptos.

La pregunta que queda es la de si hay espacio para el self autónomo; siempre estaríamos actuando o desempeñando diferentes roles en diferentes dramas y la manera de entender nuestra propia identidad sería resultante de la forma como otras personas nos entienden. No tenemos una única identidad ni un solo self; estamos fragmentados por el entre juego de varias identidades que son reales y muchas veces no son consistentes entre sí. Pero, ¿hay lugar para un self auténtico? Parafraseando a mi profesor David Canter de la Universidad de Liverpool, ¿Es posible preguntarnos si hay un espacio para un *verdadero self*? ¿Quiénes somos cuando estamos solos con nosotros mismos? Cuando no estamos con otros para quienes somos el esposo, el profesor, el cliente, el experto en algo, ¿quiénes somos exactamente? Tenemos un *verdadero self*? (Canter, 1994). ¿O somos más bien, como lo acabo de exponer anteriormente, el resultado de la mezcla de todos estos roles producto del auto concepto que se ha encargado de formarnos la cultura? ¿Hay alguno de estos auto conceptos que se destaque sobre los demás? El self realmente privado, el quién es usted para usted, ¿es el dominante? ¿El ser por ejemplo un académico? ¿Hay otros roles ocultos en los que usted se ve a sí mismo, de los que ni siquiera las personas cercanas a usted son conscientes? Es fácil suponer que si tenemos self públicos también podemos tenerlos privados. Algunas veces nuestros self ocultos pueden ser muy diferentes de los que conocen los demás. ¿Con cuál se siente usted mejor?

Self, auto-concepto e identidad

Daphna Oyserman, Kristen Elmore y George Smith

En: Leary M. R. & Tangney J. P. (Ed.): Handbook of Self and Identity

The Guilford Press, 2012

Las identidades son rasgos y características, relaciones sociales, roles y memberships de grupos sociales que definen lo que es uno. Las identidades se pueden ubicar en el pasado (lo que uno solía ser), en el presente (lo que es cierto de uno ahora) o en el futuro (la persona que uno espera o quiere convertirse en o que uno teme en llegar a ser). Las identidades son orientaciones que proporcionan cierto sentido y enfocan nuestra atención en unas características y no en otras del contexto inmediato (Oyserman, 2007, 2009a, 2009b). En su conjunto, las identidades conforman el auto-concepto que uno tiene, que se podría describir diciendo que es lo que le viene a uno en mente cuando piensa en sí mismo (Neisser, 1993; Stets & Burke, 2003; Stryker, 1980; Tajfel, 1981), nuestra teoría sobre nuestra propia personalidad (Markus & Cross, 1990) y lo que uno cree es verdad sobre uno mismo (Baumeister, 1998; Forgas & Williams, 2002). Además de sus auto-conceptos, la gente también se conoce a sí misma de otras maneras: Tienen auto-imágenes y auto-sentimientos, así como imágenes derivadas de los otros sentidos, de cómo suenan, de cómo se sienten al tacto o la sensación de sus cuerpos en movimiento. Considerando que estos auto-aspectos fueran parte de la conceptualización inicial de lo que significa tener un self (James, 1890/1927), han recibido menos atención empírica. Las personas sienten que se conocen a sí mismas, ya que tienen un cúmulo de experiencias con ellas mismas y una cantidad diversa de recuerdos autobiográficos (Fivush, 2011).

Esta sensación de conocerse es importante aún cuando las suposiciones en las que se basa son frecuentemente inexactas. Sentir que uno se conoce facilita el uso del self para dar sentido y realizar elecciones, usando al self como una herramienta importante de tipo perceptual, motivacional y auto-regulatoria. Esta sensación de conocerse a uno mismo se sustenta en parte en una suposición de estabilidad que resulta central, tanto para las teorías cotidianas del self, como para las teorías más formales (de la ciencia social) acerca del self. Así, la suposición de estabilidad es creíble debido a la maleabilidad, sensibilidad contextual y construcción dinámica del self como un constructo metal.

Las identidades no son marcas fijas que la gente asume suyas, sino que son dinámicamente construidas al momento. Elecciones que se sienten congruentes con la identidad en una determinada situación, no necesariamente resultan congruentes con la identidad en una situación diferente. Esta flexibilidad es parte de lo que hace útil al self. Como fue notado por William James (1890-1927), el pensamiento sirve para actuar. La gente son razonadores pragmáticos, receptores sensibles a los aspectos contextuales y restricciones de su ambiente inmediato, aunque no necesariamente al origen de estas

influencias, tanto en sus juicios como en su comportamiento (ejem.: Schwarz, 2002, 2007, 2010). La gente no responde simplemente a señales contextuales, más bien, sus respuestas son tanto moderadas como mediadas por el efecto de estas señales en lo que ellos son en el momento (Oyserman, 2007, 2009a, 2009b; Smeesters, Wheeler & Kay, 2010).

En este escrito, consideramos estos dos aspectos relevantes, la sensación de conocerse a uno mismo y la construcción dinámica de lo que uno es en el momento. Sugerimos que el self es una herramienta motivacional importante ya que el self se siente como un ancla estable y porque las identidades que constituyen el self son, de hecho, dinámicamente construidas en el contexto. El self resulta útil ya que la gente mira sus identidades al hacer elecciones y porque estas identidades son situacionales, pragmáticas y repletas de las características y restricciones del contexto inmediato.

Disponiendo el escenario

El self y la identidad se mantienen como tópicos de alto interés no solo para los psicólogos, sino también dentro de las ciencias sociales (psicólogos, sociólogos, antropólogos, científicos políticos e incluso economistas, hacen referencia al self y la identidad. Google Scholar llega a 3 millones de citas y en máquinas de búsqueda profesional (la Web de la Ciencia, PsycINFO) también llegan a cientos de miles de artículos en los que el auto-concepto o la identidad se incluyen como palabras clave.

Así que, ¿qué es este self (o identidad) que resulta tan importante? Darse sentido a uno mismo (quien es uno y quien puede uno llegar a ser, así como la ruta que uno debe tomar en el mundo, es el principal auto-proyecto. Las teorías del self y la identidad asumen que la gente se preocupa de ellos mismos, quieren saber quiénes son y pueden usar este auto-conocimiento para darle sentido al mundo. El self y la identidad predicen e influyen en las motivaciones de las personas para la acción, para su forma de pensar y se dan sentido a sí mismos y a los otros, en las acciones que toman, en sus emociones y en la habilidad para controlar o regularse ellos mismos (Baumeister, 1998; Brewer, 1991; Brown, 1998; Carver & Scheier, 1990; Higgins, 1987, 1989; Oyserman, 2007).

En esta sección proporcionamos un conjunto de breves operacionalizaciones. Nuestra meta es otorgar alguna claridad en ciertos puntos. Primero, el self y la identidad son conceptos que algunas veces se emplean de manera intercambiable y en otras ocasiones, se usan para referirse a cosas diferentes. Segundo, a lo que el self y la identidad se refieren difiere tanto entre, como dentro de, los textos publicados. Tercero, esta ambigüedad se extiende al uso del self y la identidad de manera singular y de manera plural, esto es, si hay uno o múltiples selfs, identidades y auto-conceptos.

Operacionalizaciones Básicas

Self

Para hablar de uno mismo, se requiere que haya un “Yo” que pueda considerar un objeto que soy “yo”. El término *self* incluye tanto al actor que piensa (“Yo estoy pensando”) y al objeto del pensamiento (“acerca de mí”). El uso moderno del término *self* incluye todos estos elementos.

Mientras las teorías convergen en la noción de que la capacidad reflexiva es crítica para tener un *self*, las teorías divergen en cómo es que la memoria se considera al servicio de la sustentabilidad del *self*.

Los psicólogos culturales han enfocado su atención en las diferencias entre sociedades y en la probabilidad de enfocarse en el “yo” versus “nosotros”, como aspectos del *self*. Por ejemplo, los Americanos se han descrito como con mayor probabilidad, comparados con los Asiáticos del este, por tener una perspectiva de “nosotros”. En contraste, los investigadores de la identidad social han demostrado que para tomar una perspectiva de “mí” o de “nosotros”, no es un asunto fijado por la cultura sino una influencia del contexto.

La gente puede considerar lo que otros pueden estar observando sobre ellos, viéndose ellos mismos, como si fuera, a través de los ojos de otros. El cambio de perspectiva es una consecuencia. Así, pensar en el *self* desde una perspectiva más distante enfoca la atención en las metas y valores más amplios de uno.

Auto-Concepto

Los auto-conceptos son *estructuras* cognitivas que pueden incluir contenido, actitudes o juicios evaluativos y se emplean para darle sentido al mundo, enfocando la atención en las metas personales y protegiendo nuestro sentido de lo que es valioso para uno (Oyserman & Markus, 1998). Luego, si el *self* es un “Yo” que piensa y un “yo” que es el contenido de esos pensamientos, una parte importante de ese “yo” contenido involucra conceptos mentales o ideas de lo que uno es y será. Estos conceptos mentales son el contenido del auto-concepto.

Mientras nos enfocamos en los aspectos estructurales del auto-concepto (individualistas, colectivos, próximos o distales), mucha de la literatura se enfoca en los contenidos y en los juicios evaluativos, preguntando por lo que la gente describe cuando hablan de sí mismos y de la forma en que se evalúan a sí mismos positivamente. Esta manera de enfocarse en el contenido más los juicios evaluativos es bastante común en la investigación con niños y adolescentes y típicamente involucra escalas de puntaje con preguntas cerradas en diferentes dominios (ejemplo, la apariencia física, la habilidad atlética, la estabilidad emocional, las relaciones entre iguales y las relaciones familiares (Marsh, 1990).

De la misma manera, alguna investigación se enfoca explícitamente en auto-juicios y auto-actitudes. Estos auto-juicios son típicamente operacionalizados como auto-estima o auto-eficacia y son una evaluación destilada del sentido personal de lo valioso y lo competitivo en el mundo (ejemplo, Bandura, 1977, 2001).

Las personas pueden organizar y estructurar sus auto-conceptos alrededor de algún dominio que otros usan comúnmente para darse sentido (su raza o etnicidad, su género, su peso, su edad o su nivel académico) Si esta información social se emplea para organizar el auto-concepto, se puede decir que la gente es esquemática para ese dominio, lo que implica que ellos procesarán información que resulte relevante para esto más rápido y eficientemente y recordarán mejor que la información que resulte irrelevante para ello (Markus, Crane, Berstein & Siladi, 1982). También implica que las personas actuarán en formas que se ajusten con sus esquemas (Oyserman, 2008; Oyserman, Brickman & Rhodes, 2007).

Identidad

Erikson (1951, 1968) desarrolló un modelo ampliamente usado del desarrollo de la identidad que se enfoca en el desarrollo de la identidad vía la exploración y el compromiso. Erikson utiliza el término *identidad* como sinónimo de lo que otros denominan como auto-concepto. No obstante, el término *identidad* también puede ser conceptualizado como una manera de dar sentido a algunos aspectos o partes del auto-concepto (Abrams, 1994; 1999; Hogg, 2003; Serpe, 1987; Stryker & Burke, 2000; Tajfel & Turner, 2004). Por ejemplo, uno puede tener una identidad religiosa que implique contenidos y metas relevantes como qué hacer, qué valorar y cómo comportarse.

La literatura psicológica y sociológica de la identidad contrasta las identidades personales y sociales, también denominada *identidad colectiva* (Brewer & Roccas, 2001; Hogg, 2003). Las *identidades sociales*, como las definió Tajfel (1981), abarcan el conocimiento de ser miembro de un grupo, los sentimientos por ser miembro del grupo y el conocimiento del rango del grupo o de su estatus comparado con otros grupos.

Así como pueden haber diversos auto conceptos, los teóricos de la identidad difieren en la forma de conceptualizar qué tantas identidades puede tener una persona. Varios de ellos, como James (1890/1927) describen múltiples personalidades, prediciendo que las personas tienen tantas identidades como tienen interacciones con otros. Los teóricos de la identidad y de la identidad social discuten múltiples identidades basados en múltiples situaciones. Teóricos de la identidad (Stryker, 1980; Stryker & Burke, 2000) se enfocan en cómo emerge una estabilidad trans-situacional del contenido de la identidad. Desde esta perspectiva, las identidades son distintas partes del auto-concepto, son los significados internalizados y las expectativas asociadas con las posturas que uno guarda en las redes sociales, así como los roles que uno juega.

En contraste, los teóricos de la identidad social (Abrams, 1999; Onorato & Turner, 2002; Tajfel, 1981; Tajfel & Turner, 2004) se enfocan en la maleabilidad trans-situacional. En sus más fuertes formulaciones, los teóricos de las identidades sociales predicen que en cada interacción, la gente toma una identidad diferente (Owens et al, 2010).

La identidad social y los teóricos de la identidad también estudian otros dos tipos de identidades, las identidades de rol y las identidades personales. Las identidades de rol reflejan la membrecía de roles particulares (como estudiante, padre, profesional) que requieren de otra persona para complementar el rol. Uno no puede ser padre sin tener un hijo, o ser un estudiante sin tener maestros o actuar como profesional sin tener clientes o colegas que reconozcan nuestro rol. Las identidades personales reflejan rasgos o características que pueden verse, ya sea como separadas de las identidades sociales o de rol, o como vinculadas a algunas o todas estas identidades.

El self y la identidad son conceptos mentales

Los teóricos del self y la identidad están de acuerdo en afirmar que el self y la identidad son constructos mentales, esto es, representaciones en la memoria. Esta capacidad se desarrolla tempranamente. Al mostrar su cara en un espejo, muchos niños con la edad de 18 meses y casi todos los niños de 24 meses de edad, tocan su rostro para remover una basura producida al pintarles un punto con un marcador (Lewis & Brooks-Gunn, 1979). Esta respuesta se interpreta como que el niño sabe cómo se ve y que la mancha no debería estar en su cara. Este auto-reconocimiento basado en la imagen no se limita a la cara; en esta edad los niños notan una pegatina secretamente puesta en sus piernas (Nielsen, Studdendorf & Slaughter, 2006).

Entonces, parece que los niños han guardado una imagen visual de cómo son en su memoria. Esta imagen es probablemente bastante fidedigna. Por ejemplo, las personas prefieren la imagen visual de ellos mismos que acostumbran mirar (imagen al espejo) comparado con una imagen no del espejo (Mita, Dermer & Knight, 1977). Otros sentidos también se involucran en las representaciones mentales del self en la memoria. Consideremos que los niños empiezan a experimentar el self como físicamente distinto del contexto y como motrizmente activo en el espacio (Bronson, 2000). Esta sensación visceral del self como un objeto físico conteniendo partes del cuerpo y controlando acciones no es única del desarrollo temprano (Botvinik & Cohen, 1998; Lenggenhager, Tadi, Metzinger & Blanke, 2007). Rasgos del self se cree que existen en nuestra escritura a mano, en nuestra firma, posturas corporales e imagen física (Kettle & Haubl, en prensa). Así, como argumentaba James (1890/1927), en su esencia, el self es físico y material.

Los programas de investigación actuales apuntan a la actividad del lóbulo frontal como el área involucrada en los procesos cognitivos relacionados con el self. No obstante, la investigación sobre el auto-concepto típicamente se enfoca en la memoria semántica más que en su localización en el cerebro. Los niños rápidamente desarrollan tanto el lenguaje

como las capacidades cognitivas y con estas capacidades vienen los recuerdos autobiográficos basados en el lenguaje (Fivush & Hammond, 1990).

El Self y la identidad son productos sociales

Las teorías del self y la identidad convergen en ubicar al self y la identidad en un contexto social. Los efectos contextuales sobre el self pueden ser distales, prácticas de crianza, escolaridad, la cultura, el momento y el lugar donde uno vive, las experiencias que uno tuvo en los primeros años de vida. Los efectos contextuales sobre el self también pueden ser proximales, como las implicaciones psicológicas de las situaciones inmediatas en las que está uno. Los modelos difieren en cuanto a lo que el contexto se refiere. Algunos se enfocan en contextos de macro-nivel, especialmente el momento histórico, la sociedad y la cultura en donde uno vive. El análisis empírico de los efectos a este nivel pueden involucrar comparaciones históricas y entre grupos. Los contextos también pueden estar a un nivel intermedio; estos contextos incluyen la familia, la escuela y el vecindario, así como los procesos familiares y las prácticas de socialización con las que uno crece. Aquí también, el análisis puede ser descriptivo, comparativo o experimental. Finalmente, el contexto puede ser más de micro-nivel, lo cotidiano del día a día, momento a momento, situaciones que uno experimenta.

Una gran cantidad de investigaciones han examinado estos asuntos. Los resultados apoyan la construcción social del self, al mostrar que las personas generalmente incorporan lo que piensan que otros piensan de ellos, considerando que la visión de uno mismo es más positiva que la de los otros (Felson, 1993; Shrauger & Schoeneman, 1979).

Hablando de manera general, el self y la identidad son productos sociales en al menos tres sentidos. Primero, la gente no surge del aire, más bien, lo que es importante, lo que es posible, lo que necesita ser explicado proviene del contexto social, lo que le importa a otros. Esto significa que las personas son susceptibles de definirse ellos mismos en términos de lo que es relevante en su momento y en su lugar. La membrecía en grupos (religión, raza o género), los roles familiares, la imagen, el grado escolar o la condición atlética deben valer más en la cultura y el lugar donde uno está, así como la jerarquía social. Segundo, lo que es uno requiere de otros que asuman y refuercen la autenticidad de uno, que apoyen el sentido de lo que uno es como algo importante. Esto significa que la gente debe sentirse mejor consigo misma, más capaces de lograr sus metas, en contextos que les proporcionen este apoyo, que en contextos donde no lo haya. Tercero, los aspectos de uno mismo y la identidad importan en el momento que son determinados por lo que resulta relevante en el contexto inmediato.

Debido a que los otros adoptan la importancia de la identidad de uno, la gente cambia su conducta para hacer que los otros los vean como ellos se ven a sí mismos (Oyserman, 2007, 2009a, 2009b).

El self y la identidad son fuerzas en acción

Un tema común entre los teóricos del self y la identidad es que el self tiene que ver con la conducta. Aunque es difícil demostrar que la forma en que uno piensa sobre uno mismo produce acciones y no solo está simplemente asociado con ellas. Una clara manera de demostrar que el self influye en el comportamiento consiste en manipular cuando y como la gente la gente piensa sobre sí misma y mostrar que esto influye en su conducta subsecuente. Para hacer saliente al self, a los participantes se les pide que se sienten frente a un espejo (Carver & Scheier, 1978) o que hagan algo que ponga el self en su mente, como firmar con su nombre (Kettle & Haubl, en prensa), que describan lo que los hace semejantes o diferentes de otros (Markel, 2009; Trafimow et al, 1991) o que en un texto encierren en un círculo los pronombres singulares en primera persona (Gardner, Gabriel & Lee, 1999; Sui & Han, 2007). Cada uno de estos paradigmas cambia las respuestas, pero la naturaleza específica de las consecuencias de hacer saliente al self para la acción depende de la interacción entre qué aspectos del self se promueven en el contexto y de la tarea de que se trate (Oyserman, 2007).

Construyendo el Self: Un enfoque contextual

Francisco Martín-Murcia y Rafael Ferro-García
Psychology, Society & Education, 2016, Vol.8(2), pp. 149-156

Se plantea una reconsideración de la formación del Yo desde una perspectiva fenomenológica-contextual. Se justifica dicho enfoque como una forma de resolución de las metáforas que suelen utilizarse para entender la formación de la ipseidad, en las que habitualmente se cae tanto en errores categoriales y de reificación o directamente en argumentos aporéticos. No se reniega del concepto, dado el enorme reforzamiento recibido en los organismos humanos a contactar desde la infancia con las experiencias privadas y ese estar-en-contacto es precisamente la experiencia fenomenológica primaria del Yo. Se presenta un modelo explicativo genuinamente conductual, entendiendo el Yo como un epifenómeno social que requiere una conciencia básica pre-reflexiva en un contexto cultural determinado que le dará forma a través de la conducta verbal prototípica en la interacción humana. Por último, se describen las distintas etapas del aprendizaje del Yo. Se enfatiza en la discusión la extraordinaria importancia de una comprensión del Yo en términos de *perspectiva* ya que permite entender de forma parsimoniosa las clásicas características atribuidas al mismo, como constancia, atemporalidad, trascendencia e interioridad sin necesidad de elaborar constructos mentales.

El self es un tópico de importancia primordial en la psicología (junto con la consciencia), aunque resulta ambiguo y resbaloso (Zhao, 2014). Popper nota que desde Hume hasta el momento presente, “la existencia del self ha sido considerada muy problemática” (Popper & Eccles, 1983). Más aún, existe un debate fundamental sobre si el self está hecho de propiedades universales o resulta dependiente de la cultura (Bukobza, 2007).

Freud probablemente inicia el arduo trabajo de tratar con él, cuando lo definió como parte de la personalidad, quedando organizado como resultado de la familia y del ambiente social.

El self es un tema esencial del que se han hecho intentos para describirlo. En cualquier caso, una persona se vuelve una persona debido a que existen otras personas. Si el self emanara de algún lugar, sería precisamente del contexto social (existente antes del individuo) y de la comunidad verbal de referencia.

La fenomenología y el conductismo radical, con una esencia filosófica común (Fuentes & Robles, 1992), pueden ser la manera de proporcionar las condiciones para comprender y explicar el self. La explicación del evento psicológico se fundará en la relación de triple

contingencia antecedente-respuesta-consecuencia (sin importar la manera en que uno describa esta relación verbalmente).

Una teoría sobre la formación de la ipseidad

La experiencia de uno-mismo es absolutamente trascendente en el desarrollo psicológico de los individuos. Los organismos humanos aprender a hacer contacto con eventos privados y este es precisamente uno de los comportamientos que nos hacen *personas*.

Como se ha dicho, ésta altamente reforzada forma de estar-en-contacto desde la infancia, es precisamente la experiencia fenomenológica primaria del self. Resulta pues innegable que la experiencia de uno-mismo existe como uno de los fenómenos psicológicos quintaesencia de los humanos (Barresi, 2012).

Nuestro enfoque presenta una teoría de aprendizaje que deriva de los escritos tempranos de Skinner (1953, 1957) acerca de cómo nuestras experiencias privadas son generadas, entendiendo al self como un epifenómeno social, un producto de la conducta verbal contenida en un cuerpo físico. El modelo explicativo se basa en las experiencias verbales tempranas de las relaciones verbales Yo, mi y otras equivalentes.

El self emerge como una unidad independiente, desde frases largas previamente aprendidas que contienen la expresión “Yo” durante el desarrollo del niño mediante el aprendizaje verbal. Tres estados del desarrollo de la conducta verbal se han propuesto, que conducirán a la emergencia del self.

Estado 1.- Es el aprendizaje de largas unidades funcionales, que usualmente ocurre durante los primeros dos años de vida. Luego de los primeros aprendizajes de pequeñas unidades tales como: “*mamá*”, “*agua*”, “*auto*”, los padres tienden a enseñar al niño frases largas que pueden aprenderse como un todo, por ejemplo: “*Yo veo agua*”, “*Yo tengo un carro*”, etc. Estas frases no solo describen al objeto, sino también una actividad privada del niño (debido a que la experiencia de ver agua es privada para el niño). Se trata de una experiencia compleja que requiere, como se dijo antes, diferentes estímulos y respuestas, como la presencia del padre, el agua, la orientación del niño hacia el estímulo, la perspectiva entre el niño y los objetos, de la experiencia de “ver” el agua (probablemente una experiencia confusa que requerirá un aprendizaje muy complejo de auto-observación). Entonces, los estímulos pueden ser tanto públicos como privados pero, como dijimos, la estimulación privada en este estado no es la más relevante (se asume que la supervivencia dependerá más de un control efectivo del mundo exterior y no tanto del lazo emocional efectivo vinculado con la madre o el padre).

Estado 2.- Luego de múltiples experiencias con unidades largas en la fase previa, emergen unidades más pequeñas: “Yo-veo-una-manzana, Yo-veo-un-perro, Yo-veo-agua”. Desde esta experiencia, la unidad funcional “Yo-veo” emerge como un elemento en común para todas las fórmulas “Yo-veo-X”. En términos fenomenológicos, las experiencias comunes y constantes serán las experiencias de ver, independientemente de los objetos y las situaciones estimulantes públicas (de ver un carro o una manzana). Parece probable que la estimulación privada asociada con la actividad de “ver” adquiere un gran control sobre “Yo-veo”, comparado con el control parental público (el cual decrece gradualmente en ambientes normales y no inválidos para el niño). Así, se generan unidades funcionales tales como: “Yo veo”, “Yo tengo”, “Yo quiero” y “Yo soy”, que pueden ser combinadas con diferentes objetos específicos. En este estado, el niño puede decir cosas que nunca había dicho antes, por ejemplo, “Yo quiero música” o “Yo veo futbol”.

Estado 3.- La unidad simple “Yo” (la más pequeña de todas) emerge y al mismo tiempo, la experiencia de “Yo”, que resulta el elemento común de todas las situaciones “Yo... X” (Yo soy quien ve, quiere, ha, agarra, come, etc.). Probablemente, el Self como unidad esta bajo el control de estímulo de la localización física de tales experiencias, esto es, de la perspectiva o locus (lugar desde donde se “mira, siente, recoge o desea”). En otras palabras, desde la perspectiva del sujeto de la acción (entonces, resulta sencillo equiparar/sentir/describir al self como un aspecto *interior*).

El hecho de que la experiencia del self sea una perspectiva, en lugar de algo físico, tiene muy importantes consecuencias. Este self puede ser descrito como constante, atemporal o trascendente en el tiempo, invariable, inherente a la persona. Se experimenta como independiente de la edad o de las vicisitudes cambiantes.. Puede ser descrito como consciencia, como algo que está dentro de uno.

La afirmación de que *el self es consciencia* se refiere al hecho de que somos capaces de observar nuestro propio comportamiento, darnos cuenta de lo que hacemos, sentimos o pensamos y de las variables de las que tales conductas dependen.

Como se dijo, aprendemos a estar en contacto con nuestras experiencias privadas a edades muy tempranas. Necesitamos entender la consciencia como una actividad y no como una cosa o sustancia. Las “cosas” son estímulos discriminativos que controlan al self, ya sea que se trate de sensaciones, objetos o personas o nuestra propia experiencia de pensar (“Yo pienso”).

Un comportamiento verbal adicional es también necesario para completar la experiencia del self como perspectiva (Kohlenberg, Tsai, Kanter & Parker, 2009). Este tipo de equivalencia entre el self y los pensamientos, las emociones, la consciencia, etc., pueden ser explicados mediante la Teoría de los marcos relacionales (Dymond & Roche, 2013;

Hayes, 1984; Hayes, Barnes-Holmes & Roche, 2001). En general, esta teoría ofrece una explicación del lenguaje y la cognición humana, asumiendo que el aprendizaje relacional es el punto central de las actividades humanas complejas. Luego, “relacionar psicológicamente” significa responder a un evento en términos de otro evento (Hayes & Wilson, 1993), como cuando respondemos a una metáfora.

Esto se basa en el hecho de que las relaciones de estímulo derivadas de otras relaciones verbales son comportamientos aprendidos generalizados, en la misma manera que otras clases de respuestas son aprendidas. Esta teoría argumenta que nosotros también aprendemos a responder de acuerdo con los marcos relacionales deícticos, que son una parte central en el desarrollo del self, especialmente en la toma de perspectiva, que es la clave de este desarrollo.

Se han propuesto tres marcos relacionales deícticos básicos para la toma de perspectiva: Yo-tú, Aquí-ahí, y Ahora-antes (Kohlenberg, Tsai, Kanter & Parker, 2009; McHugh, Stewart & Hooper, 2012; Stewart, Villatte & McHugh, 2012). Estos marcos relacionales son entrenados muy temprano en el niño y se vuelven una propiedad inherente de la persona. Cuando alguien habla a otra persona, lo hace desde (self localizado) la perspectiva “Aquí y ahora” respecto a los eventos que han ocurrido “Ahí y antes”. Los marcos deícticos establecen una distancia o división entre el hablante y lo que se habla: el hablante está siempre “Aquí y ahora” y lo que se habla está “Ahí y antes”. Obviamente, si esta distancia no ocurre, resultará fácil confundir al self con lo que se ha dicho (algo que es muy relevante tanto para la psicopatología como para el tratamiento). Si la persona es atrapada en Ahí-antes sin vivir el Aquí-ahora, esto será una forma de experiencia psicológica híper-reflexiva, que podría ser un proceso que esté presente en diversos trastornos psicológicos.

La experiencia del self, deber/sentir/pensar no requiere necesariamente de representaciones mentales, ocurre como un fenómeno en sí mismo para todos los sentidos, incluyendo el sentido común (Barresi, 2012). En cualquier caso, el cerebro necesita del lenguaje para ser auto-consciente (neuman & Nave, 2009).

Parece claro que el self no es algo inmutable y fijo, sino que se trata de un proceso cuya experiencia puede tener una apariencia más o menos estable. Una persona que tenga dificultades para saber quién es, qué quiere, siente o piensa, dependiendo de quién esté presente o aún peor, aún cuando se encuentre solo, presentará importantes limitaciones en nuestro contexto social, donde la experiencia egocéntrica resulta omnipresente, algunas veces de manera hasta obsesiva que el self pareciera una “pieza de arte” (Pérez-Álvarez & García-Montes, 2004).

Existe una relación de equivalencia funcional entre las diversas conductas de “estar consciente de...” y la unidad funcional self, que están tan vinculadas que son naturalmente e intuitivamente confundidas. Estar consciente de algún evento psicológico y físico puede llevara a uno a pensar/sentir que existe un self (literalmente dentro), debido a los marcos deídicos que posibilitan la toma de perspectiva y que establecen la equivalencia entre el self y la actividad de estar consciente.

La comprensión del self en términos de perspectiva es extraordinariamente importante (Ataria, 2016), nos permite entender sus características prototípicas (constancia, atemporalidad, trascendencia, interioridad) sin la necesidad de supervisores mentales (Popper & Eccles, 1983) más allá de la persona. De hecho, en procesos psicopatológicos severos, es la persona quien pierde su camino (y no la mente).

El Self y la respuesta ante nuestra propia conducta. Implicaciones de la Coherencia y el Enmarcamiento Jerárquico.

Carmen Luciano

International Journal of Psychology and Psychological Therapy, 2017, 17, 3, 267-275

El análisis del comportamiento humano es una empresa difícil debido a su variabilidad, su *generatividad* y también debido a la *influencia de los eventos privados en nuestra actuación*. El *Análisis Conductual* proporcionó las primeras bases experimentales para el estudio de estas dificultades desde una filosofía funcional del comportamiento y en los años 70's, hallazgos de la investigación inesperados abrieron la puerta hacia una avenida excelente para el análisis de la conducta humana compleja. Entonces, la *Teoría de los Marcos Relacionales* empezaba a enraizarse y el *lenguaje, como un comportamiento relacional, como un enmarcador*, fue experimentalmente estudiado. Se identificaron diversos comportamientos relacionales, entre otros, los *marcos deícticos y jerárquicos*. Así también emergió la coherencia, como una función históricamente establecida del comportamiento de enmarcación. Este artículo se enfoca en la coherencia y el enmarcamiento jerárquico como los puntos clave del *self y la conducta propia* y de la *respuesta ante nuestro propio comportamiento*. Sus implicaciones se extienden en un amplio rango de campos donde un enfoque contextual del comportamiento humano resulta de utilidad.

El self son millares de comportamientos relacionados con la experiencia de uno mismo. Pensamos en muchas cosas y nos damos cuenta que pensamos... Si alguien nos preguntara dónde estamos, qué estamos haciendo, quiénes somos... Algo se nos ocurriría.

Si nos movemos lentamente, notaremos nuestros movimientos en el escenario... Y contaríamos anécdotas sobre nosotros. Nos damos cuenta de nosotros desde nuestras perspectivas únicas, desde las que nos damos cuenta de nuestros pensamientos, nuestras reglas, nuestras emociones... Y cuando yo me doy cuenta de que soy yo quien percibe y observa lo que hago y las acciones que elijo.

El self es una narración. Y soy yo dándome cuenta de la narrativa. Y soy yo respondiendo a mi percepción, a lo que hago, con i propio comportamiento. Los comportamientos del self reflejan nuestras interacciones con la comunidad verbal. Estos comportamientos son familiares. Al final del día, todos lo hacemos de una forma o de otra. Sin embargo, la historia del análisis de la conducta humana muestra una imagen diferente. El análisis de la conducta humana ha sido una empresa muy difícil. Esto es debido a su VARIABILIDAD. Y dentro de esta variabilidad, las condiciones responsables de lo novedoso de nuestro

comportamiento o GENERATIVIDAD y NUESTRA RESPUESTA ANTE NUESTRO PROPIO COMPORTAMIENTO.

No obstante, la conducta no puede ser más complicada que el resto de los elementos que hay en el universo. Nuestra conducta debe ser más de lo mismo. Nuestra conducta es una interacción y los tipos de interacciones se traducen en leyes científicas. La ciencia natural ha avanzado efectivamente.

La psicología ha avanzado y sigue avanzando. Para resolver la diversidad y la variabilidad de la conducta, la psicología se atrevió, implícita o explícitamente, con una conceptualización de la conducta que pone atención en las propiedades formales o físicas, así como en otorgar causalidad a los eventos privados con respecto a las acciones, en un enfoque no contextual, no funcional. La cuestión, al tratar de entender a la conducta basándose en sus propiedades físicas o formales, es que la variabilidad no queda bien comprendida como acción efectiva.

*Aún siendo una minoría, los analistas conductuales se movieron en una dirección diferente. Con la manera de pensar de Darwin, buscaron principios generales para explicar la variabilidad. Reacciones definidas formalmente, topográficamente diferentes, ocurren en la presencia de diferentes estímulos y tienen las mismas contingencias. Luego, clases de conducta, como operantes, aparecieron como la unidad de análisis. El *Conductismo Radical*, como una filosofía funcionalmente enraizada, abrió la puerta al análisis experimental de la variabilidad. El análisis conductual puso atención en las interacciones entre las condiciones bajo las cuales ocurre cierta respuesta... El modelo funcional Antecedente-Respuesta-Consecuente (contingencia), permitió enfocar la función de la conducta. Esta línea de indagación científica proporcionó leyes generales para interacciones presentes e históricas. Fue posible enfrentar cara-a-cara la variabilidad.*

Y las cosas se facilitaron ya que diferentes conductas pudieron agruparse por sus funciones compartidas y comportamientos con topografías semejantes pudieron verse como funcionalmente diferentes. El asunto básico es que la variabilidad se redujo al prestar atención a los procesos funcionales. Se pudieron identificar leyes inductivas generalizadas sobre el condicionamiento directo, para explicar la variabilidad.

Darwin se hizo presente. Se pudo observar el orden entre diferentes conductas, dentro de la variabilidad. Se dio un gran paso hacia adelante en la comprensión de la conducta. Sin embargo, la jornada científica hacia el análisis funcional de la variabilidad solo había empezado.

Dos problemas alrededor de la variabilidad saltaron a la palestra, listos para enfrentarse a ellos. Un primer problema fue la *novedad o generatividad* o cómo es que aprendemos a

derivar, a producir reglas nuevas, a entenderlas. Como cuando surge un nuevo pensamiento, cuando hacemos analogías o metáforas, cuando sentimos algo en una situación novedosa, cuando relacionamos algo que no se había relacionado antes... Un segundo problema fue el *impacto de un comportamiento sobre otro*, como cuando las reglas que conectan pensamientos/emociones/acciones influyen sobre otras acciones. Por ejemplo, Pedro dice “Yo quisiera ir, pero no puedo hacerlo, me siento ansioso” y él sigue su regla, su conducta esta bajo esta única función de evitación y su trayectoria, su horizonte en la vida queda ausente. Aunque sienta coherencia dentro de esta parte de su sistema verbal, también se encuentra aislado y más ansioso. Luego, una conducta se vuelve funcionalmente la causa de otra conducta. Pareciera que esta coherencia resultara de alguna forma incoherente con respecto a otra coherencia, quizá más dominante. ¿Cómo sucede esto?

Si la variabilidad, en forma de generatividad, ha sido un problema relevante para ser comprendido, el impacto de los pensamientos y las reglas sobre otra conducta ha estado en el centro de la filosofía y la psicología de una u otra manera y sin ser resuelto (Descartes, Ryle, Russell, Wittgenstein...).

Para el Análisis Conductual, *la novedad y el impacto de las reglas sobre la conducta han tenido un lugar central*. El análisis original de Skinner tiene el planteamiento: Skinner abordó el análisis conceptual de los eventos privados en 1945, posteriormente en la formación del auto-concepto, la novedad, la solución de problemas y en la distinción de lo que categorizó como Conducta Gobernada por Reglas y Moldeada por Contingencias.

Más precisamente, en los años 80's, el análisis conductual entró plenamente a analizar experimentalmente de la conducta compleja con organismos no humanos. En la forma de experimentos con pichones sobre *mentir, el auto-concepto, la comunicación oyente-hablante, la solución de problemas como una interconexión de repertorios...* Fueron grandes experiencias de aprendizaje. Al menos para mí, me dieron una perspectiva diferente para ver estos comportamientos complejos. No obstante, no estábamos en el camino de hacer analogías humanas de tales conductas novedosas y complejas. Algo les hacía falta a mis pichones Bostonianos... Aún cuando se viera como que ellos resolvían el problema de una manera ingeniosa, no lo hacían. Los pichones no relacionaban la presencia de un problema en el aquí y ahora con acciones y consecuencias allí y entonces. Contrariamente, los niños muy pequeños si lo hacían, generando reglas y alterando la función de las contingencias...

Ha habido años de actividad científica creativa, en los niveles conceptual-básico-aplicado. Y hemos estado creativamente *esclareciendo las reglas, las reglas autoimpuestas* y su impacto sobre otras conductas... Están también los estudios sobre el entrenamiento en la correspondencia decir-hacer efectuados por Donald Baer y Todd Risley. Así como

aquellos sobre la sensibilidad y la insensibilidad de las contingencias, realizados por Fergus Lowe, Charles Catania, Steven Hayes... También contamos con el documento conceptual de Steven Hayes en 1984, estableciendo los aspectos críticos para la abstracción del self. Y la rica derivación sobre la formación selfs problemáticos por Bob Kohlenberg y Mavis Tsai en 1991.

Buenos tiempos para la ciencia conductual. Pero la puerta se mantenía aún no claramente abierta para el análisis de la generatividad y, principalmente, sobre las condiciones bajo las que se *desarrollan y multiplican las reglas autoimpuestas (self rules), así como las condiciones para responder ante esta conducta del self, que aún eran un hoyo negro.*

Veamos ahora uno de los grandes descubrimientos en el análisis conductual que fue detectado sin estarlo buscando. *Sucedió en 1971 cuando Murray Sidman nos trajo algo nuevo (sin estar seguros de que estuviera consciente del impacto de este solo experimento...), él abrió la puerta a condiciones desconocidas que daban lugar a comportamientos no entrenados. Entrenando un par de relaciones del tipo A igual que B y B igual que C, se genera A igual que C y viceversa. Él denominó a esto como relaciones de equivalencia. El impacto de este estudio no se apreció hasta la mitad de la década de los 80's, más de una década después.*

El hallazgo inesperado de 1971 durmió por un buen tiempo. Ya en los 80's despertó: hubo una explosión de estudios sobre la equivalencia y explicaciones sobre las relaciones emergentes... Las aguas del río del análisis de la conducta compleja, que habían estado estancadas, empezaron a fluir.

Con las preparaciones experimentales para las relaciones de distinción, oposición y comparación efectuadas en los laboratorios de Dermont Barnes y Steve Hayes... Y conforme los experimentos relevantes efectuados por Mike Dougher en 1994, que ponían en la palestra la transferencia de funciones sobre la base de las relaciones entre estímulos. Resultó posible entender la emergencia de funciones emocionales y discriminativas, funciones de evitación/aproximación sin entrenamiento directo. Justo estableciendo A igual que B e igual que C, y otorgando a B una función aversiva, entonces C y A adquirirían la misma función aversiva. Fue un GRAN momento para aquellos que vibraban, amando el aprendizaje y la solución de problemas. Por fin había un horizonte efectivo para el análisis de la conducta humana compleja, para comprender las relaciones y las funciones derivadas.

Finalmente, en el 2001, treinta años luego del estudio de Sidman, fue presentada la Teoría de los Marcos Relacionales, RFT, una teoría inductiva sobre el lenguaje, como comportamiento relacional, como comportamiento enmarcador. El lenguaje y las conductas relacionadas con el lenguaje estuvieron más listos que nunca para ser

sometidos a experimentación. La música sonaba muy bien y rodó la pelota. La RFT definió diversos marcos relacionales para identificar el lenguaje natural. Se identificaron las características como respuestas relacionales derivadas y transformación de funciones. Y la coherencia fue parte del juego. Diversas conductas enmarcadoras, como operantes relacionales, son aprendidas, Así es.

- Encuadrando en: coordinación (igual que), distinción (diferente), oposición (contrario), comparación (más que, menos que...), espacial (aquí, ahí...), temporal (ahora, entonces), condicional (si... entonces), deíctico basado en Persona-Tiempo-Lugar, como Yo-aquí-ahora y Otro-ahí-entonces, jerárquico (perteneciente a, todo/parte...).
- Entre ellos, *el enmarcamiento jerárquico es el control contextual por excelencia*. Quizá el más flexible y complejo de todos los tipos de enmarcamiento.
- Y la combinación Deíctico-Jerárquico como Yo, aquí, ahora y Yo-ahora con mi pensamiento, ahora, ahí, se establece el enmarcamiento jerárquico con el Yo deíctico, como fue expuesto por Torneke, Luciano, Barnes-Holmes y Bond (2016).

Por primera vez, es posible abrir la puerta para resolver problemas concernientes la novedad/generatividad de la conducta, así como el responder a la propia conducta. La emergencia de contenido derivado fue crítica para entender las reglas autoimpuestas y el seguimiento de reglas como inicialmente establecieron Barnes et al (2000) y Hayes, Zettle y Rosenfarb (1989). Todos los tipos de enmarcamiento resultan ingredientes para formar el contenido sobre uno mismo. Pero, la respuesta deíctica y jerárquica es el centro de las conductas del self y del impacto de una conducta sobre otra, esto es, de la respuesta ante la conducta propia. Fue grandioso... Ahora visitamos áreas nuevas... Y las implicaciones son extraordinarias.

La formación de las dimensiones del yo o del sí mismo

Kelly Wilson y Carmen Luciano

Terapia de Aceptación y Compromiso (ACT) Un tratamiento conductual orientado a los valores. Ediciones Pirámide, 2002

Tan pronto el bebe esta en el mundo, comienza el proceso de socialización, y en ello está el aprendizaje de numerosos repertorios relacionales que paulatinamente confluirán en la emergencia de tres dimensiones del yo. Estas tres dimensiones se refieren a: 1) el yo como el *contenido* de relaciones verbales; 2) el yo como un *proceso* en marcha de las relaciones verbales, y 3) el yo como el *contexto* de los contenidos y procesos verbales (Barnes-Holmes, Hayes y Dymond, 2001).

Las dimensiones del yo (Hayes, 1984) son una construcción socioverbal cuyas características responden a la historia específica de cada persona desde niño. Parte del proceso de su construcción social se centra en la formación de varios marcos de perspectiva, que, a su vez, se asientan en otros marcos de relación más básicos como los indicados en el apartado anterior. Por hacer una breve historia, el bebe al nacer ya tiene un nombre, digamos Pedro. Desde ahí, los padres o quienes con el interactúan se dirigirán a él con ese nombre, donde la palabra yo, el nombre del niño, y señales hacia él como aquí se contraponen al tu, papa/mama, y señales hacia lo que está frente a él como el allí (esto es, Pedro-yo-aquí en el contexto del tú-papa/mama-allí) (véase Luciano, 1996). Estas relaciones básicas de toma de perspectiva se generan a través de numerosos ejemplos en los que varían múltiples componentes físicos mientras permanece lo que se llegara a abstraer como *yo* y *aquí*. Desde muy temprano el niño es preguntado e incitado a responder a numerosas preguntas que son las condiciones que determinan la toma de perspectiva, inicial mente, del yo-tu y aquí-allí. Por ejemplo, el niño es incitado a responder en múltiples ejemplos hasta que tras un número suficiente de ellos contesta bajo esas claves en nuevos contenidos, un fenómeno que ocurre muy temprano (véanse Lipkens, Hayes y Hayes, 1993; Luciano, Gómez y Rodríguez, 2002). Preguntas tempranas como: .Que es esto? .Donde esta X, donde esta Pedro, donde esta mama? .Que hace mama, que haces tú, Pedro? .Quien hace X, quien hace Z?, y otras muchas preguntas en la misma dirección (como todas aquellas que sitúan múltiples acciones y experiencias, por ejemplo, que ves, que sientes, que haces, que comes, que tocas, que oyes?), se producen manteniendo en todas ellas un contexto, el de Pedro-yo-aquí dando lugar no solo a la discriminación y denominación de múltiples experiencias, sino a la abstracción del yo ligada al aquí en el contexto del tu ligada al allí. En otras palabras, se conformaría el locus del yo como una abstracción (véanse las sucesivas fases para la abstracción del yo en Hayes, 1984, y retomado en Kohlenberg y Tsai, 1991; también en Luciano, 1996).

Casi paralelamente en el proceso de socialización, a la perspectiva del yo-tu y aquí-allí se une un referente que sitúa al niño en el tiempo psicológico, el «ahora, antes y después» o «ahora y después». Preguntas como «Que estás haciendo ahora?» «Que harás después?» «Que has hecho?» y «Que estoy haciendo ahora? Luego hare X, Que hare después?». Y un paso más será el asentamiento de la discriminación del propio comportamiento en términos de, por ejemplo, lo que dije que haría, lo que he hecho y si he hecho lo que dije que haría (Luciano, Barnes-Holmes y Barnes-Holmes, 2002). Un paso posterior sitúa ya la discriminación del propio comportamiento en función de diferentes contextos o momentos. Por ejemplo, dije que haría X si ocurría A, pero dije que haría Z si ocurría B, y las sucesivas discriminaciones al respecto (Hernández et al., 2002), Para resumir, la formación de estas discriminaciones, o marcos de perspectiva, sería fundamental para construir las dimensiones del yo que brevemente indicamos (véanse detalles en Barnes-Holmes, Hayes y Dymond, 2001).

El yo conceptual o el yo como contenido.

Se forma al responder a numerosas preguntas que circunscriben los eventos que la comunidad entiende como internos o privados y en relación a numerosas facetas de la vida y de uno mismo en ella. Lo que pensamos, lo que sentimos, lo que creemos, lo que opinamos, lo que criticamos, lo que soñamos, etc., son respuestas a preguntas que acaban situando lo que pensamos en el interior de uno y responden a las variables de control que lo hayan establecido (véanse las vías a través de las cuales la comunidad enseña estos contenidos y las variables que los controlan en Skinner, 1945; Hayes y Wilson, 1993). Incluye el proceso social involucrado en la formación de los conceptos de auto eficacia, de locus de control y sus respectivas valoraciones, de manera que, como señalábamos al principio, apenas nada escapa al conocimiento verbal. De este modo, los miembros de la comunidad verbal que enseñan a un niño estos eventos y las condiciones que los controlan son determinantes para la conformación de yoes adaptados o problemáticos. Genéricamente, el contenido del yo incluye evaluaciones y razones, y está amarrado a las contingencias sociales que determinan que es apropiado para según qué circunstancias y que facilitan, o no, que los contenidos que se sitúan en el yo, aquí y ahora cambien y se vean en el marco del allí y entonces. El proceso es una acumulación de contingencias y referentes de control (desde referentes públicos hasta privados), y el resultado puede ser variopinto (véase Kohlenberg y Tsai. 1991).

El yo como un proceso verbal.

Aprender los procesos que la comunidad verbal entiende como importantes es una parte del entrenamiento que ocurre a la par que se forman las relaciones entre una serie amplia de eventos entendidos como sensaciones, predisposiciones, pensamientos, etc. Discriminar estos del proceso de sentir, de pensar y otros es importante en nuestra vida social; por eso la comunidad tiene interés en enseñar estos procesos desde muy temprano en la vida. Vivir en sociedad implica ser sensible y responder a las preguntas que aquella demanda y sobre las cuales se asientan muchas de las decisiones que se toman (por

ejemplo, «Estas pensando que,..?»», «Quieres o no...?»», «Que sientes?»»). Así, es necesario aprender a responder sobre nosotros mismos en los términos que la sociedad entiende, y esto supone responder a las categorías emocionales y de otros eventos importantes en la vida personal.

El yo como contexto (el yo que trasciende).

Proviene de los marcos de perspectiva, de manera que a base de practicarlos se produce la transcendencia del yo. Una vez que está establecido, ocurre que siempre que se habla se hace desde la perspectiva del YO localizada AQUÍ y AHORA, una perspectiva que es siempre cierta, consistente y predecible. Mientras que el hablante siempre es YO, de lo que el hablante habla está situado ALLÍ y ENTONCES. Ese yo-como-contexto es el sí mismo que esta siempre «como detrás» de cualquier contenido, que siempre esta ahí al cambiar el proceso y el contenido verbales. Ese yo trascendente no tiene límites, y como cualquier cosa tiene límites, ese sentido del yo trasciende el tiempo y el espacio. Es el yo que siempre que yo voy esta aquí, que es estable y constante y desde el cual cualquier contenido y proceso verbal es admisible.

En resumen, el conocimiento adquirido a través del lenguaje es el aspecto esencial del ser humano, ya que la mayoría de las interacciones humanas «se ven» a través del filtro de las funciones verbales. Este saber o conocimiento por reglas (o mental) tiene una raíz derivada o de contacto indirecto con los eventos respecto de los cuales la persona reacciona (Hayes y Hayes, 1992), y resulta esencial conocer cuáles son sus características, principalmente porque regula el aprendizaje de los eventos privados y por su impacto para regular el comportamiento.

Una conversación relativa al “Self” entre Russ Harris y Louise McHugh

Louise McHugh, PhD, co-autor de: A Contextual Behavioral Guide to the Self

Russ: Dado que hay un titipuchal de libros sobre el “self”, ¿por qué escribiste este? ¿En qué es diferente de los demás?

Louise: Debido a la popularidad de *The Self and Perspective Taking*, pensamos que podría resultar útil proporcionar un resumen autorizado desde el enfoque de la ciencia conductual contextual (CCC). Queríamos escribir algo que uniera diversas ideas principales en una concepción unitaria que idealmente se ofreciera a las personas sin un bagaje previo de la CCC, así como a quienes sí lo tuvieran. Así mismo, queríamos que el énfasis estuviera en la CCC y no en la terapia de aceptación y compromiso (ACT). Esto significa tratar de proporcionar una introducción relativamente clara y comprensiva de los fundamentos de la filosofía (contextualismo funcional) y la ciencia (CCC y la teoría de los marcos relacionales – TMR), así como lograr un nivel de detalle sobre los conceptos clave, como son los diferentes patrones de “individuación” y cómo es que estos interactúan. Tratamos de conectar la teoría con la aplicación clínica, cómo aplicar los conceptos clave para promover patrones de individuación saludables (flexibles), lo que, por supuesto, se sobrepone con la ACT, así como repertorios de empatía y compasión. Intentamos conectar a los practicantes con el trabajo y la teoría empírica básica, que les permita ver como una base sólida de esto, puede posibilitar más flexibilidad para aproximarse al self en la práctica. Además, esto no solo es para terapeutas, sino para cualquier practicante que maneje problemas de individuación potenciales y no solo en otros, sino también en ellos mismos.

Russ: ¿Por qué los terapeutas necesitan una buena comprensión teórica del “self”?

Louise: Un buen entendimiento de la teoría ayuda para una buena promoción de la práctica. Para cualquier practicante, entre mejor sea su comprensión de la teoría básica respecto a los procesos con los que uno trabaja, mayor flexibilidad y adaptación es la que uno puede lograr (como ha sido previamente indicado en los libros sobre CCC, tales como *Mastering the Clinical Conversation*). En el mejor de los casos, este libro proporcionará una revisión legible y coherente de cómo la CCC enfoca el self, empezando con sus fundamentos filosóficos y desplazándose a través del análisis conductual (contextual) y las bases de la TMR, para llegar a los detalles de la TMR en la toma de perspectiva, y de ahí a los patrones de alto nivel de la individuación y cómo estos interactúan. Miramos cómo nuestro sentido de self se desarrolla, desde la infancia a la adultez. Como éste proceso

puede “ir mal” para generar problemas comunes del self, así como lo que un sentido saludable de self puede involucrar. Luego de esto, tratamos de describir cómo el conocimiento de la TMR puede ampliar el trabajo aplicado, incluso el diseño de intervenciones que pueden apuntar a patrones particulares de problemas relacionados con el self.

Russ: ¿Cuáles son los problemas comunes del “self” en la práctica clínica?

Louise: Algunos problemas que mencionamos incluyen:

- Falta de claridad en los valores (ejem., “En realidad no se qué es lo que me importa”
- Auto-afirmación (ejem., “Lo entiendo mejor que tu”
- Funcionar con piloto automático (ejem., “A veces no sé de qué están hablando”
- Amenazas de emociones internas (ejem., “”No soporto esa sensación”
- Falta de perspectiva (ejem., “No me importa cómo se sienta, el se lo provocó”
- Sobre atención a la visión de otros (ejem., “¿Estas enojado conmigo?”
- Falta de conexión con otros (ejem., “No es mi ambiente”
- Rigidez personal (ejem., “Para mí es importante que las cosas se hagan bien”
- Sensación de vacío (ejem., “La mayor parte del tiempo me siento vacío”
- Auto evaluaciones dolorosas (ejem., “Debí decir algo, soy muy débil”

Lo que queremos manifestar en el libro es cómo podemos pensar sobre patrones de identidad como estos, en términos de una concepción analítica funcional básica del lenguaje humano como enmarcados relacionales y cómo podemos usar esta concepción para llegar a patrones de individuación más sanos.

Russ: ¿Cómo adquirimos el “self”?

Louise: Debido a que no nacemos con la capacidad de hablar sobre nosotros mismos (u otros), necesitamos adquirir este repertorio por la vía de nuestras experiencias. Una vez que empezamos a aprender marcos relacionales, podemos empezar a enmarcar nuestra propia conducta (así como la de otros), y un sentido de self empieza a emerger. Para que se desarrolle un self saludable resulta crítico la interacción verbal frecuente con los que nos rodean, incluyendo no solo la distinción entre “Yo” y “Otros” (“tú”, “él”, “ella”, “ellos”, etc.) sino también una plétora de referencias a nuestros sentimientos, preferencias, etc. En otras palabras, resulta verdaderamente importante que otras personas (cuidadores, compañeros, etc.) hablen con el niño acerca de ellos mismos y sus sentimientos y lo que les gusta y lo que no les gusta y que pregunten y respondan interrogantes acerca de la conducta del niño así como la de otros. Dos habilidades fundamentales en la adquisición del sentido de uno mismo (self) el nombramiento preciso de las experiencias, así como los marcos relacionales deícticos. El niño necesita ser capaz de discriminar y nombrar sus

experiencias internas, de ser sensible a las influencias contextuales. Si los niños no son capaces de discriminar lo que están sintiendo (ejem.: dolor, excitación, ira, alegría) respecto a experiencias particulares, será muy difícil para ellos aprender sobre lo que les es importante. Nosotros discutimos las intuiciones de Skinner para el entrenamiento en discriminación de las experiencias privadas (subjetivas), así como sobre cómo es que los marcos relacionales se expanden, en particular, como es que los niños aprenden los marcos deícticos (ejem.: “Mi perspectiva AQUÍ y AHORA es diferente de la suya AHÍ y ENTONCES”) de manera que puedan describir sus experiencias de la manera que les sucede a ellos y no respecto a alguien más. Conforme tienen más experiencia y adquieren un repertorio verbal cada vez más sofisticado, este brinda soporte a una idea cada vez más elaborada y multilateral de cómo son ellos, qué les gusta y que les resulta importante.

Russ: ¿Qué espera que un clínico haga diferente, como resultado de leer y aplicar lo que dice su libro?

Louise: Que sea capaz de optar por un enfoque más funcional y por ello flexible ante los problemas del self, tanto en términos de supervisar cómo estos problemas pueden surgir, así como la manera de manejarlos. Incidentalmente, algo que pensamos que puede ser útil para adoptar este tipo de enfoque, es el pensar en términos de “formación de identidad” más que del “self” solo. En el libro usamos mucho este primer sentido para subrayar la idea del self como conducta (responder verbalmente a nuestra propia respuesta) y no concebir al self como algo estático. Esto puede forzar hacia un enfoque más funcional e involucrar el bosquejo y la ampliación de patrones particulares de actividad, más que encontrar y/o cambiar cierta clase de entidad elusiva.

Louise McHugh, PhD, es profesor asociado de psicología en el Colegio Universitario de Dublín, un revisor del trabajo de otros profesionales de su nivel, miembro de la Asociación para la Ciencia Conductual Contextual y coeditor de [The Self and Perspective Taking](#).